

ARQUITECTURA Y MEMORIA

Mario Botta

El siguiente texto corresponde a la primera parte de la conferencia impartida por el autor con motivo de la concesión del Premio Javier Carvajal 2014. En esa ocasión estuvo profusamente acompañada de imágenes, de modo que se ha preferido incluirlas por separado a modo de discurso visual y recorrido paralelo al del texto, donde aparecen simplemente referenciadas.

Palabras clave: *arquitectura, memoria, cultura*

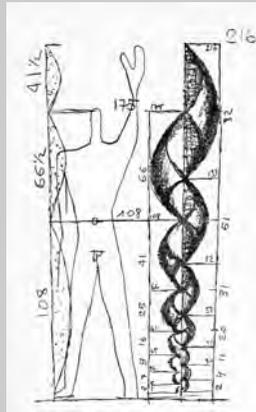
Keywords: *Architecture, Memory, Culture*



1



2



3



4



5



6



7



8



9



10



11



12



13



14



15



16



17



18



19



20



21



22



23



24



25



26



27



28



29



30



31



32



33



34



35



36



37



38

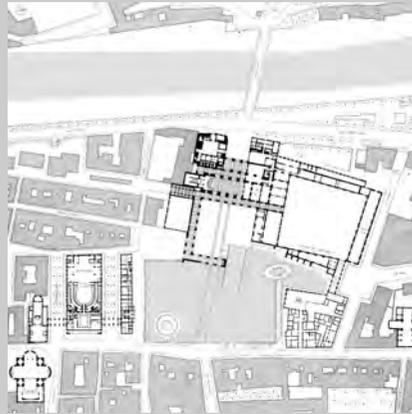
Karl Kraus
(1874-1936)

Voglio ricordare ai conservatori e ai nostalgici che la bella, cara, vecchia Vienna un tempo fu nuova.

39



40



41



42



43



44



45



46



47



48



49



50



51



52



53



54

Arquitectura y memoria son dos términos que caracterizan a las condiciones de espacio y tiempo en las que el arquitecto está llamado a trabajar con el fin de construir (u organizar) el espacio de la vida humana. Con esta breve comunicación voy a tratar de poner de relieve algunos aspectos, algunas reflexiones, que se vislumbran como componentes esenciales en el proceso de diseño.

Acerca del espacio. Le Corbusier (1, 2) observa que tomar posesión del espacio es el primer gesto de los seres vivos, de los hombres, los animales, las plantas y las nubes (3-6); es manifestación fundamental de equilibrio por necesidad de seguridad y durabilidad. Adquisición de tranquilidad, de existencia.

Ser. Ser es ocupar el espacio (7). La flor, la planta, el árbol, las montañas (8-10) están frente a nosotros, viviendo en un ambiente. Ellos son (existen) en el seno de este espacio, lo ocupan y provocan resonancias. Observamos y nos entusiasmos con la correlación de equilibrio y armonía que orquesta el espacio: lo que miramos irradia (11, 12). La clave de la emoción estética es una función espacial. La obra de arquitectura, o la obra pictórica, o la escultura (13-15) interactúan en el contexto como la onda expansiva de un explosivo; el lugar próximo o remoto es sacudido por ellas, golpeado, dominado, acariciado (16).

En modo simétrico y recíproco, el conjunto del ambiente, del territorio o del paisaje intervienen allí donde hay una obra de arte, signo de la voluntad y de la presencia del hombre, y le impone su contexto, la configuración del horizonte, su materia, su luz: sus profundidades, sus relieves, sus densidades, sus violencias, sus ternuras (17).

De este modo se entabla una relación inseparable entre la obra diseñada por el hombre y el contexto de su territorio (18), en un mutuo dar-recibir, que establece un nuevo equilibrio, el fenómeno de una nueva concordancia, auténtica manifestación de la “acústica plástica” que modela (positiva o negativamente) nuestro espacio vital (19).

La obra arquitectónica en estrecha ósmosis con el propio contexto (20-22) contribuye, con el paso del tiempo, a la definición de nuevos equilibrios ambientales. El espacio en que nos movemos es un resultado temporal de la interdependencia entre la obra diseñada por el hombre y el paisaje que la rodea (23-25). El proyecto arquitectónico se convierte en transformación social y colectiva de la naturaleza. Es casi imposible encontrar una obra arquitectónica que se sólo auto-referencial (26); antes al contrario se da siempre el encuentro con el contexto histórico y geográfico, con el que se establece un diálogo, una confrontación, que origina una nueva relación espacial. Las esperanzas y necesidades de un proyecto llegan a un sitio que a su vez se convierte en una parte constitutiva de la obra construida (27).

Desde otra perspectiva, se puede observar que el primer acto del hecho arquitectónico no es el hecho de poner una piedra sobre otra, sino el de dejar una piedra en el suelo; esto es la transformación de una condición de CULTURA en una condición de NATURALEZA. Dentro del cuerpo de la madre-tierra es donde encuentran su fundamento y razón de ser las fuerzas de gravedad de la obra arquitectónica: sin gravedad no hay arquitectura. En la inmensidad de la superficie de la corteza de la Tierra cada arquitectura se transforma en un “únicum” irreplicable, que ya pertenece inseparablemente a ese sitio en particular, a esa configuración geográfica particular, a esa historia, a esa luz. Pero así como la obra de arquitectura exige un territorio propio, recíprocamente el territorio necesita de una obra de arquitectura para llegar a ser paisaje humano (28). En el cambio continuo de los equilibrios ambientales por las exigencias de la vida, el hombre busca un espacio vital propio, una armonía propia, una “seguridad” propia, un techo propio (29-31).

El arquitecto está llamado a enfrentarse con esta tarea, a dar testimonio de las esperanzas del mundo contemporáneo en el intento de volver a llevar el recorrido proyectual al ámbito de la reflexión crítica, donde encuentra el territorio de la memoria como una condición esencial del modo de hacer hoy, para oponerse a la pérdida de relieve y a la banalización inducida por la globalización (32).

La memoria se configura entonces como matriz de la historia operativa. Es el pasado quien nos permite el acceso a nuestro propio tiempo; interrogándole se hace posible hacerse cargo de la contemporaneidad.

A propósito de la memoria, Louis Kahn (33-34) sugería a los arquitectos interpretar “EL PASADO COMO UN AMIGO”. En la interpretación de Kahn resulta posible encontrar las razones del presente a través de la historia vivida por otros hombres, a través del significado de los orígenes. Dentro de la complejidad y rapidez de las transformaciones que vivimos, resulta importante buscar espacios de reflexión donde descubrir los significados más profundos del hacer, del construir y del edificar, y para escapar de las tentaciones de una respuesta puramente técnico-funcional. La arquitectura es una forma expresiva que dice cosas que van más allá de la función; asume aspectos metafóricos y simbólicos (35) que persisten por encima de su uso inmediato, y llegan a ser parte de una historia que nos pertenece. Por eso un territorio ya construido y luego abandonado constituye una “historia” infinita de la que podemos extraer el significado de los orígenes del hacer.

Por señalar un ejemplo: la casa del hombre (36) lleva consigo la idea de refugio, de protección, de vientre materno, en el que volver a descubrir nuevas condiciones de paz. Walter Benjamin habla de la casa como de la idea de la patria y Louis Kahn señala en la institución de la escuela la condición en la que dos hombres hablan entre sí debajo de un árbol (37). En el nomadismo cultural propio de la globalización, en el que continuamente se erosionan los límites de los géneros y de las artes, la arquitectura todavía ofrece un espacio de resistencia crítica que permite la búsqueda de una identidad propia, con raíces en el sentimiento de pertenencia a un territorio y en el reconocimiento de un paisaje de las que el hombre, inconscientemente, se haya necesitado.

Esta condición de sentirnos intérpretes de un recorrido que va más allá de la precariedad de nuestra vida implica directamente a la arquitectura. La MEMORIA (así como, en algunos casos, su opuesto, el OLVIDO) actúa en el proceso de diseño como un componente activo lo mismo que las exigencias técnicas, los requisitos funcionales, y los beneficios económicos y sociales que se esperan. Son los aspectos más secretos y ocultos, en ocasiones misteriosos, que emergen de nuevo en el proyecto para reclamar una imagen, un arquetipo o un principio en el cual la arquitectura reconoce las razones de la propia poética.

Los aspectos metafóricos o simbólicos que la arquitectura asume, como intérprete de la sensibilidad de su tiempo, hablan entonces de presencias ancestrales capaces de alimentar nuevas esperanzas (38). La memoria encuentra en la obra de arte un modo silencioso de ser, una condición antropológica que está en condiciones de sugerir auténticas invenciones proyectuales alejadas de imposibles huidas nostálgicas (39). La obra de arquitectura exige un proceso de síntesis, que a veces puede parecer paradójico, en la coordinación y elección entre conocimientos en conflicto; y sin embargo, el hecho arquitectónico siempre está obligado a interpretar la realidad de su tiempo, a convertirse en verdadero espejo de la vida contemporánea. A partir de eso, el territorio de la memoria encuentra en la ciudad un paradigma a través de la concatenación de las relaciones urbanas en el tejido de la estratificación histórica (40).

La ciudad es el territorio preferido por la memoria. La ciudad –esta maravilla– es la forma de agregación humana que desde la era neolítica ha construido gradualmente un hábitat de bienvenida, de belleza, de funcionalidad, de flexibilidad, de historia que aún no tiene alternativa en otros modelos de agregación para la vida (41-43). El tejido urbano, cada vez con más fuerza, resuena como expresión formal de la historia, dentro de la infinita variedad de los modelos de asentamiento en los que la geografía de los distintos territorios ha acogido el asentamiento humano, en el que la arqueología sigue enriqueciendo las formas de vida propias de la cultura de nuestro tiempo. Pero es a través de la estratificación de los tejidos ya existentes, al construir donde ya se había construido, como se consolida el pasado como presencia de valores en los que somos capaces de reconocer nuestra identidad.

Así pues, la memoria es parte de la vida cotidiana, es un valor que nos arraiga a un componente amigo: J'EXISTE CAR JE ME SOUVIENS (existo porque recuerdo). Por esto podemos reconocer en las expresiones artísticas de nuestro tiempo también una forma de arcaísmo de lo nuevo. Dentro de las formas más significativas del arte moderno, tal vez incluso del arte contemporáneo, nos encontramos de nuevo con el pasado glorioso, la lucha ancestral entre el hombre y la naturaleza, la búsqueda de una posible belleza.

Henry Moore, Pablo Picasso, Alberto Giacometti, Paul Klee (44-48) interpretan arquetipos que nos pertenecen. Para la arquitectura, la modernidad de lo antiguo o, recíprocamente, el arcaísmo de lo nuevo son constantes que acompañan las transformaciones y los cambios de la disciplina. Le Corbusier, Wright, Aalto, Scarpa, Kahn (49-54) son sólo algunos de los protagonistas de una historia reciente que han sacado cosas a manos llenas del pasado glorioso.

En estos tiempos donde la humanidad está experimentando transformaciones inimaginables hace bien poco, debemos reconocer que la velocidad de las transformaciones resulta por desgracia proporcional al olvido: más velocidad, más olvido. Por esta razón, es urgente lograr que las obras de arquitectura contemporáneas vuelvan a encontrar en el territorio de la memoria una condición estructural que esté en condiciones de interpretar con fuerza la sensibilidad de nuestro tiempo.

Mario Botta. Pamplona, 7 de mayo 2014